

Suplemento de la edición Nº 21 de "Punto Final",
última semana de enero de 1967 - Santiago de Chile



Fidel Castro

EL periodista norteamericano Lee Lockwood —que prepara un libro titulado "La Cuba de Castro, el Fidel de Cuba", que aparecerá en EE.UU. en marzo— sostuvo durante una semana largas conversaciones con el Primer Ministro cubano en Isla de Pinos. Las veinticinco horas de conversación con Fidel Castro fueron grabadas en cinta magnetofónica para servir de base al libro de Lockwood. Un resumen de esta entrevista se publicó en la edición de enero (vol. 14, Nº 1) de la revista "Playboy". Las agencias noticiosas transmitieron diversas versiones de esta entrevista en la que Fidel Castro aborda en forma directa y sencilla los distintos problemas que le sometió el periodista norteamericano. PUNTO FINAL da a conocer, ahora, la traducción en español de la entrevista publicada por "Playboy", que ha des-

pertado enorme interés en EE.UU. y en América Latina. La versión tomada por nosotros, corresponde a la que realizó con los mismos propósitos la revista "Marcha", de Montevideo.

La entrevista de "Playboy" a Fidel Castro

LOCKWOOD: ¿Cuando usted tomó el poder en 1959 pensaba que Cuba y los Estados Unidos se llevarían mejor de lo que lo hacen actualmente?

CASTRO: Sí, era una de mis ilusiones. En esa época creíamos que el programa revolucionario podría ser llevado a cabo con un alto grado de comprensión por parte del pueblo norteamericano. Creíamos que, dado que era justo, sería aceptado. En verdad, no pensábamos en el gobierno de los Estados Unidos. Pensábamos en el pueblo de los Estados Unidos y en que, de algún modo, su opinión influiría en las decisiones del gobierno. Lo que no veíamos claramente era el hecho de que los intereses afectados por la revolución poseían los medios de realizar un cambio de la opinión pública norteamericana, distorsionando lo que ocurría en Cuba y presentándolo al público de los Estados Unidos en la peor forma.

LOCKWOOD: ¿Debido a eso fue usted a los Estados Unidos en abril de aquel año?

CASTRO: Precisamente; en un esfuerzo para mantener a la opinión pública de los Estados Unidos mejor informada y mejor dispuesta hacia la revolución, en vista de la tremenda campaña que estaba siendo organizada contra nosotros. Cuando fui a los Estados Unidos no tuve, prácticamente, contacto con el gobierno. Sólo con la opinión pública.

LOCKWOOD: Sin embargo, usted se reunió con el vicepresidente Nixon.

CASTRO: Sí. Pero mi viaje no tuvo carácter oficial. Yo había sido invitado por una organización de editores. Hubieron algunos "actos de protocolo" (podríamos llamarlos), sin embargo, debido a que manteníamos relaciones diplomáticas. Hubo un almuerzo con el entonces Secretario de Estado (Christian Herter) y una invitación para hablar con varios senadores. Nixon, también, quería hablar conmigo; tuvimos una larga conversación. Ha escrito una versión de esa charla, y afirma que desde ese momento llegó a la conclusión de que yo era un tipo peligroso.

COMO CUBA SE HIZO COMUNISTA

LOCKWOOD: ¿La hostilidad subsecuente del gobierno norteamericano tuvo que ver con la creación de una atmósfera receptiva para el comunismo en Cuba?

CASTRO: Así lo creo, del mismo modo que los actos amistosos de la Unión Soviética también influyeron. Las conexiones que establecimos en 1960 maduraron profundamente la mentalidad del pueblo y de los líderes de la revolución. Indudablemente, ello nos enseñó algo que no habíamos comprendido claramente al principio: que nuestros verdaderos aliados, los únicos que podían ayudarnos a llevar a cabo nuestra revolución, no eran otros que aquellos países que recientemente habían reutilizado la suya. Tuvimos una oportunidad de verificar lo que significa el internacionalismo

proletario, de aprender que se trata de algo más que una frase.

LOCKWOOD: Sin embargo, algunos observadores han definido su conversión al comunismo como una vasta serie de reacciones, de su parte, a una serie de actos hostiles realizados por los Estados Unidos; esto es, que los Estados Unidos, en efecto, forzaron a usted y a Cuba a ingresar al campo comunista.

CASTRO: Los Estados Unidos, con su política exterior imperialista, constituyen parte de las circunstancias contemporáneas que transforman a los pueblos en revolucionarios, por dogma. No es ésa la única causa, pero constituye por cierto uno de los muchos factores. Puede decirse que la política de los Estados Unidos está acelerando la radicalización de los movimientos revolucionarios, no sólo en Cuba sino a lo ancho del mundo.

LOCKWOOD: ¿Considera que usted, personalmente, se habría convertido en comunista de cualquier modo? ¿Que los actos y actitudes de los Estados Unidos sólo aceleraron el proceso?

CASTRO: Puede decirse que, en la medida en que los Estados Unidos eran entonces y han continuado siendo imperialistas, estábamos inevitablemente destinados a convertirnos en comunistas.

LOCKWOOD: ¿Personalmente, usted era comunista cuando se hizo cargo del poder en 1959?

CASTRO: Es posible que haya aparecido menos radical de lo que realmente era, en esa época. También es posible que fuera más radical de lo que yo mismo sabía. Nadie puede afirmar que ha llegado a ciertas conclusiones políticas, a menos de cumplir un proceso. Nadie alcanza esas convicciones en un día, a menudo ni en un año. Mucho antes de convertirme en marxista, mis primeras interrogantes sobre cuestiones económicas y sociales surgieron cuando iba a la Universidad, al estudiar economía política y, especialmente, cuestiones de la economía capitalista: los problemas planteados por la sobreproducción y la lucha entre los trabajadores y las máquinas. Esos problemas despertaron extraordinariamente mi atención y me llevaron a dedicarme por primera vez a dichos temas. ¿Cómo podía existir un conflicto entre las posibilidades técnicas del hombre y sus necesidades de felicidad, y por qué tenía que existir? ¿Cómo podía haber sobreproducción de algunos productos y causar desempleo y hambre? ¿Por qué debía existir una contradicción entre los intereses del hombre y los de la máquina, cuando la máquina debería ser la gran ayuda del hombre, precisamente la ayuda que podría liberarlo de la privación, la miseria y la necesidad?

De esta manera, comencé a pensar sobre las diferentes formas de organización de la producción y de la propiedad, aunque en una forma completamente idealista, sin ninguna base científica. Usted puede decir que yo había comenzado a transformarme en una especie de socialista utópico. En esa época no había leído el Manifiesto Comunista. Escasamente conocía algo de Carlos Marx. Esto ocurría cuando estaba en segundo o tercer año de Derecho. Más tarde leí el Manifiesto y me produjo una profunda impresión: por prime-

ra vez vi una explicación histórica sistemática del problema, enunciado en una forma militante que me cautivó por completo.

En los años siguientes leí una cantidad de trabajos de Marx, Engels y Lenin que me proporcionaron muchos conocimientos teóricos adicionales. Este encuentro con las ideas revolucionarias me ayudó a orientarme políticamente. Pero existe una gran diferencia entre poseer un conocimiento teórico y considerarse un marxista revolucionario. Incuestionablemente, yo tenía un temperamento rebelde y, al mismo tiempo, experimentaba una gran curiosidad intelectual acerca de esos problemas. Aquellos conocimientos me inclinaron más y más hacia la lucha política. Sin embargo, aún no podía ser considerado un marxista verdadero.

LOCKWOOD: ¿Se convirtió en uno de ellos como resultado del golpe de estado de Batista?

CASTRO: No, pero a esta altura ya poseía algunas ideas políticas muy definidas sobre la necesidad de cambios estructurales. Antes del golpe había estado pensando en utilizar los medios legales, el Parlamento, como un punto de partida desde el que podría establecer una plataforma revolucionaria y movilizar las masas a su favor; no como medios de llevar a cabo esos cambios directamente. Estaba convencido, entonces, que ello sólo podría ser realizado por una vía revolucionaria. Había adquirido suficiente sentido de la realidad como para comprenderlo así.

Sin embargo, en algunos aspectos era ingenuo y equivocado. No era aún un marxista, y no me consideraba un comunista. Pese a haber leído la teoría del imperialismo como fenómeno, no la entendía muy bien. No apreciaba cabalmente la relación que existía entre el fenómeno imperialista y la situación en Cuba. Es posible que estuviera entonces muy influenciado por los hábitos e ideas de la educación pequeño-burguesa recibida. Como hijo de un terrateniente, educado en liceo de Jesuitas, no poseía más que un temperamento rebelde y la rectitud, el carácter severo que me habían inculcado, los religiosos. Cuando me gradué en la Universidad no tenía aún un buen entrenamiento político. Pese a ello, puede decirse que había avanzado extraordinariamente, dado que cuando entré a la Universidad era un analfabeto político.

De hecho, mi conciencia política estaba mucho más avanzada que la del partido político al que había estado asociado durante mis años de estudiante. Ese partido, que poseía orígenes netamente populares, había caído, durante un período de años, en manos de terratenientes y oportunistas. En la mayor parte del país, su aparato estaba en poder de elementos derechistas y reaccionarios. En el seno de ese partido, aunque completamente ajeno a la maquinaria política, gané cierto ascendiente sobre las masas, cierta influencia que me abrió el camino hacia la candidatura y la elección como diputado por la provincia de La Habana. Tuve éxito en reunir casi 80.000 direcciones y, utilizando los privilegios postales del parlamentario —dado que no tenía dinero para estampillas— envié decenas de miles de cartas todos los meses. De este modo pude ganar suficiente apoyo de las masas como para ser elegido convencional del partido. A esta altura ya trabajaba con la

pasión ferviente de un revolucionario. Por primera vez concebí una estrategia para la toma revolucionaria del poder: una vez en el Parlamento quebraría la disciplina del partido y presentaría un programa integrado prácticamente por todas las medidas que, desde la victoria de la revolución, han sido transformadas en leyes. Me daba cuenta de que un programa semejante nunca sería aprobado por un Parlamento donde la gran mayoría de sus miembros eran portavoces de los terratenientes y de las grandes empresas cubanas y extranjeras. Pero esperaba, mediante la propuesta de un programa que reconocía las aspiraciones más profundamente sentidas de la mayoría, establecer una plataforma revolucionaria en torno a la cual movilizaría las grandes masas, de granjeros, obreros, desocupados, maestros, trabajadores, intelectuales y otros sectores progresistas del país.

Cuando se produjo el golpe de estado de Batista, todo cambió radicalmente. Mi idea se transformó: no organizar un movimiento, sino intentar la unidad de las diversas fuerzas contra Batista. Proyectaba participar en esa lucha simplemente como un soldado más. Comencé a organizar las primeras células de actividad, esperando trabajar junto a aquellos líderes del partido que podían estar listos para cumplir el deber elemental de luchar contra Batista. Todo lo que yo quería era un rifle y órdenes para cumplir una misión donde fuera. Me encontré de pronto en busca de un jefe; pero cuando ninguno de esos dirigentes demostraron poseer la capacidad o el carácter o la seriedad de propósitos o el medio de derribar a Batista, establecí finalmente mi propia estrategia.

No tenía dinero; Pero dije a mis compañeros que no tendríamos que importar armas del exterior, que nuestras armas estaban aquí, bien aceitadas y cuidadas, en los arsenales de Batista. Fue para apoderarnos de algunas de esas armas que atacamos el Cuartel Moncada.

LOCKWOOD: ¿Cuál era su posición política en esa época?

CASTRO: Mis ideas políticas de entonces fueron expresadas en mi discurso *La Historia me absolverá*, ante la Corte, durante el juicio que siguió al ataque al Cuartel Moncada. Ya entonces analicé la composición de clases de nuestra sociedad, la necesidad de movilizar a los trabajadores, los granjeros, los desocupados, los maestros, los trabajadores intelectuales y los pequeños propietarios contra el régimen de Batista. Ya entonces propuse un programa de desarrollo planificado para nuestra economía, que utilizara todos los recursos del país en la promoción de su desarrollo económico. Mi discurso del juicio fue la semilla de todas las cosas que más tarde se hicieron. El discurso podría denominarse marxista, si usted lo quiere, pero probablemente un verdadero marxista lo negaría. Incuestionablemente, sin embargo, fue un programa revolucionario avanzado. Y ese programa fue proclamado abiertamente.

LOCKWOOD: ¿Sosteniendo abiertamente el derrocamiento del gobierno por la violencia, no ponían ustedes en peligro su propia supervivencia y, por ello, el éxito de sus planes?

CASTRO: Realmente, no. En Cuba el pueblo

había estado hablando sobre revoluciones y programas revolucionarios desde hacía tanto tiempo, que la clase dirigente ya no prestaba atención. Creían que el nuestro era simplemente un programa más, que todos los revolucionarios cambian y se vuelven conservadores con el paso del tiempo. De hecho, a mí me había ocurrido lo contrario. Con el paso del tiempo mi pensamiento se había tornado más radical.

LOCKWOOD: ¿Durante ese período, el Che Guevara, su ex ministro de Finanzas, fue de algún modo su mentor político? ¿Contribuyó a delinear sus actuales convicciones sobre el marxismo-leninismo?

CASTRO: Yo no conocía al Che Guevara cuando atacó el Cuartel Moncada, cuando escribí *La Historia me absolverá* o cuando fui el *Manifiesto Comunista* y las obras de Lenin en la Universidad. Creo que en la época en que conocí al Che, él poseía mayor desarrollo revolucionario, ideológicamente hablando, que yo. Desde el punto de vista teórico, estaba más formado: era un revolucionario más avanzado que yo. Pero en esos días no habíamos de estas cuestiones. Lo que discutíamos era la lucha contra Batista, el plan para invadir Cuba y para comenzar la guerra de guerrillas. No hay duda, sin embargo, de que él influyó a la vez la lucha revolucionaria y el proceso revolucionario.

EL CHE ESTA VIVO Y SANO

LOCKWOOD: Ha habido una difundida especulación en la prensa norteamericana, desde la misteriosa desaparición de Guevara el año pasado, sobre la posibilidad de que haya sido ejecutado por orden suya. ¿Eso es verdad?

CASTRO: Los que escriben esos artículos deberían ajustar sus relatos a la historia. La verdad es que el Che está vivo y con buena salud. Yo y su familia y sus amigos recibimos sus cartas a menudo. Sin embargo, no tenemos nada que decir sobre donde se halla en estos momentos, porque sería torpe y posiblemente riesgoso para él. Cuando él esté dispuesto y desee que se sepa dónde está, se lo diremos en primer término al pueblo cubano, que tiene derecho a saberlo. Hasta entonces, no hay nada más que decir.

LOCKWOOD: Usted estuvo con Guevara en Sierra Maestra, cuando comenzó a organizar sus fuerzas contra Batista. ¿Usted se convirtió en comunista en esa época?

CASTRO: Bueno, yo no era de ningún modo un agente disfrazado o infiltrado, si eso es lo que quiere decir. Pero si me pregunta si me consideraba un revolucionario en la época en que estaba en las montañas, contestaría que sí, que me consideraba un revolucionario. Si me pregunta si me consideraba un marxista-leninista, contestaría que no, que aún no me consideraba un marxista-leninista. Si me pregunta si me consideraba un comunista, un comunista clásico, diría que no. Aún no me consideraba un comunista clásico. Pero hoy sí, creo que tengo ese derecho. Ya completado el círculo. Hoy veo claramente que en el mundo moderno nadie puede llamarse un verdadero revolucionario si no es un marxista-leninista.

LOCKWOOD: ¿Cree que si usted hubiera adoptado abiertamente un programa comunista cuando estaba en la Sierra Maestra, habría podido llegar al poder?

CASTRO: No es una pregunta fácil de contestar. Posiblemente, no. Por cierto que no hubiera sido inteligente establecer una confrontación abierta de este tipo. Haber declarado un programa radical en ese momento podría haber alineado contra la revolución a las fuerzas más reaccionarias del país, que entonces se encontraban divididas. Hubiera provocado la formación de un sólido frente entre Batista, las clases dirigentes y los imperialistas norteamericanos. Ellos podrían haber llamado finalmente a las tropas norteamericanas para ocupar el país. Sin posibilidades de recibir ninguna ayuda del exterior, esto hubiera constituido un complejo de fuerzas virtualmente imposible de derrotar con nuestras disponibilidades de entonces.

En cualquier caso, la conciencia revolucionaria del pueblo era mucho más baja que lo que llegó a ser cuando tomamos el poder. En esos días existían muchos prejuicios populares contra el comunismo. La mayor parte de la gente no sabía de qué se trataba, realmente. No poseían otra idea del comunismo que la proporcionada por los enemigos del comunismo. Soportaban la miseria, pero no conocían las causas reales de la miseria; no poseían, ni podían haber poseído, una explicación científica de esas cuestiones; no podían comprender que hubiera problemas de estructura social. Usted debe recordar que en nuestro país más de un millón de personas adultas no sabían leer ni escribir. No se podía esperar que la gran masa del pueblo tuviera un nivel de cultura lo suficientemente alto para comprender estos problemas. Naturalmente, en estas circunstancias, haber dicho que nuestro programa era marxista-leninista o comunista, habría despertado prejuicios. Y mucha gente no hubiera entendido lo que realmente significaba. Pero al mismo tiempo que aprendíamos, el pueblo también estaba aprendiendo. A través del mismo proceso por el cual nosotros, los dirigentes, nos hacíamos más revolucionarios, el pueblo se hacía más revolucionario.

LOCKWOOD: Pero cuando usted anunció eventualmente que se había convertido en comunista —tres años después de haber tomado el poder— sorprendió a la mayoría de los cubanos. ¿No es verdad que la mayor parte de quienes lo apoyaron cuando usted estaba en las montañas, especialmente aquellos provenientes de las clases media y alta, lo hicieron en base a un programa reformista relativamente moderado que usted anunció, y que no se habrían incorporado si hubieran supuesto que, después de unos pocos años en el poder usted anunciaría que el fidelismo era, realmente, comunismo?

LA CLASE MEDIA EN LA REVOLUCION

CASTRO: La mayor parte de la gente de las clases media y superior se oponía a la revolución mucho antes de esa fecha. Una de las primeras leyes aprobadas por la revolución —en 1959— fue la rebaja de los alquileres, y esa ley afectó a un buen número de grandes propietarios de inmuebles que vivían

pródigamente de las rentas recibidas de sus edificios. Por supuesto, la revolución los indemnizó, pero fueron afectados por la ley. Muchas de esas gentes comenzaron a sentirse insatisfechas con la revolución. En el mismo año fue aprobada la ley de Reforma Agraria; esto también las afectó. Igualmente se aprobaron muchas leyes relativas a créditos, deudas, etc.; una larga serie de leyes sociales que atacaron profundamente los intereses de la clase media. Fue así que los perjudicados retiraron su apoyo, porque la revolución promulgó leyes que lesionaban sus intereses como clase explotadora y no porque la revolución hubiese proclamado una política dada.

FOR QUE CAMBIO EL PROGRAMA DEL 26

LOCKWOOD: En su discurso en el juicio por el Moncada, usted prometió elecciones libres, libertad de prensa, respeto por la empresa privada, restaurar la Constitución de 1940 y muchas otras reformas democráticas para cuando llegara al poder. ¿Es eso correcto?

CASTRO: Es verdad, porque ese era nuestro programa en aquel momento. Cada movimiento revolucionario, en cada época histórica, propone el mayor número posible de realizaciones. Nos habríamos defraudado al intentar en ese momento más de lo que intentamos. Pero ningún programa implica la renuncia a nuevas etapas revolucionarias, a nuevos objetivos que pueden superar a los antiguos. Un programa inicial puede impulsar los objetivos inmediatos de una revolución, pero no todos los objetivos, no los objetivos finales. Durante los siguientes años de prisión, de exilio, de guerra en las montañas, el alineamiento de fuerzas cambió tan extraordinariamente a favor de nuestro movimiento que pudimos establecer objetivos mucho más ambiciosos.

LOCKWOOD: Sí, pero volviendo a nuestra pregunta primera: ¿admitiría que muchos de esos cubanos de las clases media y alta que lo siguieron debido a que creían en su programa del Moncada, más tarde tuvieron derecho a sentirse decepcionados?

CASTRO: En el discurso del juicio no dije mentiras; aquéllos eran los objetivos honestos que nosotros mismos establecimos. Pero desde entonces hemos ido más allá de ese programa, y estamos llevando a cabo una revolución mucho más profunda.

LOCKWOOD: En los cinco años pasados desde que usted anunció la verdadera naturaleza de la revolución y comenzó a instituir sus violentos cambios sociales, varios cientos de miles de cubanos han renunciado a su país y huido a los Estados Unidos. ¿Si la revolución se hizo realmente para el bienestar del pueblo, cómo explica este éxodo masivo?

CASTRO: Hubo diferentes razones. Muchos de los que emigraron eran desclasados. Elementos del lumpen, que habían vivido del juego, la prostitución, el tráfico de drogas y otras actividades ilícitas, antes de la revolución. Se fueron con sus vicios a Miami y otras ciudades de los Estados Unidos, porque no podían adaptarse a una sociedad que había erradicado esas enfermedades sociales. Antes de la revolución se imponían muchas condicio-

nes restrictivas para la gente que deseaba entrar a los Estados Unidos; después de la revolución, aun esos parásitos indeseables fueron admitidos a simple solicitud. Todo lo que tenían que hacer era declarar que estaban contra el comunismo.

Otros de los emigrantes fueron aquellos con una posición clasista muy clara, que habían estado en primera línea contra cualquier cambio estructural y se sintieron engañados cuando los cambios llegaron. Pese a que los habíamos proclamado en nuestro programa inicial, no creyeron que los llevaríamos a cabo, sea porque se habían acostumbrado a que los cambios nunca ocurrieran, sea porque pensaron que esos cambios no podrían pasar en Cuba, debido a que afectaban los intereses norteamericanos y que, en consecuencia, cualquier gobierno que lo intentara estaba destinado a ser rápidamente eliminado. Otros se fueron por oportunismo, creyendo que si la mayoría de su clase dejaba el país la revolución no duraría mucho. Algunos se fueron por miedo a la guerra, o por inseguridad personal. Hubo todavía otros que se fueron después de haberse aprobado la mayoría de las leyes revolucionarias, cuando los contrarrevolucionarios esparcieron el rumor de que se anularía la patria potestad; el derecho de los padres a educar a sus hijos. Esta absurda campaña tuvo éxito con mucha gente, especialmente con aquellos que ya albergaban una cantidad de dudas. Enviaron a sus hijos fuera del país y, más tarde, se fueron ellos. No tuvieron otra alternativa, ya que una vez que sus hijos estaban en los Estados Unidos no se les permitía hacerlos regresar.

Hubo también muchos casos de emigración que no tuvieron nada que ver con la política. Siempre ha habido gente que deseó irse de Cuba y vivir en un país como los Estados Unidos, con un nivel de vida mucho más alto. Antes de la revolución, mucha gente trabajaba para empresas norteamericanas tales como bancos, refinerías, compañías de electricidad, compañías de teléfonos —una determinada clase aristocrática de asalariados, con mejores sueldos que el resto de los trabajadores— y varios de ellos fueron atraídos por el sistema norteamericano y deseaban vivir como una familia de clase media en los Estados Unidos. Naturalmente, éste no era el caso de quienes cumplían los trabajos más duros y peor pagados, como los cortadores de caña. Sería interesante conocer cuántos trabajadores de la caña se han ido a los Estados Unidos. Sería difícil encontrar alguno.

LOCKWOOD: ¿Cree usted que si hubiera existido una oposición activa a la revolución por parte de las clases media y alta, ustedes habrían sido derrotados?

CASTRO: No lo creo. Habría habido una lucha más larga y más violenta, más aguda desde el comienzo; pero, unidos a los campesinos pobres y a los obreros, habríamos derribado a Batista aun cuando éste hubiera contado con el sólido respaldo de aquellas clases.

LA REVOLUCION Y LOS CAMPESINOS

LOCKWOOD: Dada la vasta superioridad de Batista en tropas y armamento —con o sin el respaldo de las clases media y alta—

algunos estrategas militares norteamericanos sostienen que usted hubiera podido ser derrotado, a no ser por la ineptitud gubernamental. ¿Piensa que eso es cierto?

CASTRO: Por supuesto, si Batista hubiera sido un hombre más diestro y más valiente, un hombre de características diferentes, habría sido capaz de inculcar más espíritu de lucha en sus soldados. En cambio, trató de ignorar la guerra, con la táctica de minimizar la importancia de nuestras fuerzas y creyendo que cualquier gesto suyo, como el de visitar el frente, habría otorgado más importancia política a nuestro movimiento. Al guiar sus tropas con más habilidad podría haber prolongado la guerra, pero no la habría ganado. La habría perdido lo mismo, y no mucho más tarde.

Tuvo su única oportunidad al principio, cuando éramos pocos y sin experiencia. Pero cuando adquirimos conocimiento del terreno y aumentamos nuestra pequeña fuerza a poco más de cien hombres armados, ya no había manera de destruirnos con un ejército profesional. La única forma en que podía habernos contenido hubiera sido combatiéndonos con un ejército de campesinos provenientes de las montañas donde operábamos. Para ello hubiera necesitado el apoyo genuino de la explotada clase campesina. ¿Pero cómo podía adquirir ese respaldo? Un ejército que estaba al servicio de los latifundistas nunca hubiera sido capaz de poner de su lado a los campesinos. Sólo un movimiento revolucionario puede organizar esa fuerza. Nuestra tesis dice que ningún movimiento revolucionario, ningún movimiento guerrillero que cuente con el respaldo de la población campesina puede ser derrotado; a menos, por supuesto, que los líderes revolucionarios cometan errores graves.

Usted sabe, hay gente en los Estados Unidos que gasta mucho tiempo escribiendo elaborados trabajos literarios sobre cómo podía haberse previsto o derrotado la revolución. Esto significa que la mayoría de ellos piensan simplemente como contrarrevolucionarios; experimentan un terror genuino por las revoluciones y prefieren las fórmulas intermedias. No podemos estar de acuerdo con ese punto de vista reaccionario. En la actualidad, la mayor preocupación de los Estados Unidos parece ser la búsqueda de un sistema por el cual puedan ser evitadas las revoluciones en el exterior. Sin duda, los Estados Unidos representan en el mundo actual las ideas más reaccionarias. Y pienso que poniendo en grave peligro no sólo al mundo sino a su propio pueblo.

QUIENES CONDUCE LA LUCHA DE CLASES

LOCKWOOD: ¿Qué quiere decir con "ideas reaccionarias"?

CASTRO: Quiero decir, específicamente, su autodesignación como gendarme mundial, su deseo de imponer fuera de sus fronteras el tipo de gobierno que, según su pensamiento, otros estados y otros pueblos deberían tener. El hecho de que los Estados Unidos estuvieran alguna vez en la vanguardia revolucionaria y establecieron las instituciones políticas mejores y más avanzadas de su época, es uno de los factores históricos que más contribuyeron a la preeminencia y al desarrollo de ese país.

Ello, más las ventajas naturales de estar situados en un territorio extraordinariamente rico. Muchos norteamericanos todavía están oyendo las palabras de 1776, que declaraban a su patria como un país progresista. Pero ello significa pretender que las realidades del mundo y las ideas no han cambiado en los últimos 200 años. Y el hecho es que han cambiado profundamente.

LOCKWOOD: ¿Su convicción es, entonces, que los Estados Unidos se encontrarían mejor bajo el socialismo o el comunismo?

CASTRO: No. Soy un marxista, y como marxista creo que las revoluciones se engendran por un estado de miseria y desesperación en las masas. Y esa no es la situación de todo el pueblo norteamericano, sino la de una minoría, especialmente de los negros. Sólo las masas pueden llevar a cabo un cambio en la estructura social, y las masas deciden efectuar esos grandes cambios sólo cuando su situación es desesperada. Muchos años pasarán sin que ello ocurra en las masas de los Estados Unidos.

En realidad, la lucha de clases no se produce dentro de los Estados Unidos. Está siendo conducida fuera de las fronteras norteamericanas: en Vietnam, en Santo Domingo, en Venezuela y en ciertos otros países, incluida Cuba. Pese a que conozco que un determinado conjunto de protestas y disidentes se escuchan en algunas universidades norteamericanas, creo que no son las masas de los Estados Unidos quienes luchan hoy contra los capitalistas norteamericanos, porque los ciudadanos de los Estados Unidos tienen un nivel de vida relativamente alto y no sufren de hambre y miseria. Quienes están luchando contra el capitalismo de los Estados Unidos son las masas del resto del mundo, que viven en condiciones de miseria y hambre. Y así como le digo que nadie puede imaginar una revolución social en los Estados Unidos en un futuro cercano, del mismo modo nadie puede negar que una revolución social está llevándose a cabo en el resto del mundo pobre y subdesarrollado contra los capitalistas norteamericanos. En todas partes usted puede advertir que los gobiernos más reaccionarios y represivos están respaldados por el poder político y militar de los Estados Unidos.

LOCKWOOD: Dondequiera que los Estados Unidos intervinieron militarmente desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido para defender a las naciones subdesarrolladas de la amenaza de la agresión o subversión comunista.

CASTRO: ¿Por qué considera al comunismo una amenaza?

CUBA Y LA REVOLUCION EN OTROS PAISES

LOCKWOOD: Simplificando: la posición de nuestro gobierno interpreta que el objetivo del comunismo internacional es esclavizar pueblos no liberados.

CASTRO: Esa es un punto de vista absolutamente erróneo. Observe el caso de Cuba. Los Estados Unidos querían "liberar" a Cuba del comunismo, pero en realidad, Cuba no quería ser "liberada" del comunismo. A los efectos de "liberar" a Cuba del comunismo, los Estados Unidos organizaron a los secuaces de Batista, la gente más reaccionaria de este país: los ladrones, conspiradores, ladrones,

explotadores de todo tipo. Los organizaron, los entrenaron y los armaron a los efectos de que vinieran a "liberar" al pueblo de Cuba. Pero ninguno de esos contrarrevolucionarios había considerado nunca las necesidades del pueblo cubano. No habían resuelto los problemas del desempleo, la ignorancia, la falta de atención médica, la pobreza y la enfermedad que existían antes de la revolución. Dígame: ¿con qué propósito vinieron los Estados Unidos a "liberarnos" en la Bahía de Cochinos? ¿Para restablecer el poder de los terratenientes, de los ladrones, de los torturadores, de los gerentes de sus negocios monopolísticos? ¿En qué sentido eso puede ser llamado libertad? ¿Qué clase de libertad es esa que los Estados Unidos procuran imponer a los pueblos contra el deseo de éstos? ¿Qué derecho tienen los Estados Unidos de imponer esa clase de libertad a cualquiera? Me parece que esos empinados razonamientos acerca del intervencionismo norteamericano son simplemente palabras. Quizás haya mucha gente en los Estados Unidos que creen en ellos de buena fe; pero fuera de los Estados Unidos, nadie los cree.

LOCKWOOD: Hablando de intervencionismo, ¿por qué Cuba ayuda y patrocina movimientos revolucionarios en otros países?

CASTRO: Creo que constituye un deber de todo gobierno revolucionario el ayudar a todas las fuerzas de liberación, en cualquier parte del mundo.

LOCKWOOD: ¿Qué clase de ayuda da su país a movimientos de ese tipo?

CASTRO: Cada país ayuda de la manera que puede. No creo que deba decir a cualquiera cómo lo hace.

LOCKWOOD: ¿Cuba ayudó de algún modo a la revolución de Santo Domingo, sea antes o durante la lucha?

CASTRO: ¿Ayuda en qué sentido? Si usted pregunta si la revolución cubana ejerció alguna influencia por su ejemplo sobre los revolucionarios de otros países, debería decirle que sí. El ejemplo de Cuba influye en los acontecimientos revolucionarios de cualquier parte del mundo. Pero no tuvimos nada que ver, directamente, con la revolución dominicana, aunque simpatizábamos con los revolucionarios dominicanos, de todo corazón. Los defendimos en las Naciones Unidas y en todas partes, pero sin haber tenido ningún contacto o relaciones con ellos.

LOCKWOOD: Usted debe saber que una de las razones para la intervención norteamericana en Santo Domingo fue, supuestamente, a los efectos de prevenir la expansión del castismo.

CASTRO: Si ustedes no hubieran intervenido, quizás los líderes que habrían aparecido no hubieran sido tan malos como Fidel Castro.

CUBA NUNCA HARA PAZ POR SEPARADO

LOCKWOOD: En una entrevista periodística de 1964 usted dijo que uno de los puntos que consideraría básico para negociaciones con los Estados Unidos sería la cuestión del abandono de la ayuda cubana a movimientos revolucionarios en otros países latinoamericanos. ¿Esa sigue siendo su posición?

CASTRO: Lo que dije en ese momento fue que nuestro país estaba dispuesto a vivir se-

gún las normas internacionales, obedecidas y aceptadas por todos, de no intervención en los asuntos internos de otros países. Pero creo que esta fórmula no debería limitarse a Cuba. Poniendo ese concepto al día, puedo decirle que de buena gana discutiríamos nuestros problemas con los Estados Unidos dentro del marco de una política mundial de paz, pero que no estamos interesados en discutirlos independientemente de la situación internacional. No estamos interesados en discutir nuestras diferencias mientras los Estados Unidos intervienen en Santo Domingo, en Vietnam y en otras partes, mientras desempeñen el papel de policía represiva internacional contra los movimientos revolucionarios. Mientras ello ocurra, preferimos correr los mismos riesgos que están corriendo los otros países, y no tenemos deseos de vivir en paz con los Estados Unidos. No tenemos el derecho de considerar nuestros problemas independientemente del resto del mundo. Una política semejante debilitaría enormemente a los pequeños países que tienen problemas con los imperialistas.

¿Qué estrategia tiene el Pentágono, que cree posible poder llevar a cabo su política con impunidad? Consiste en la idea del equilibrio nuclear: su hipótesis dice que el estallido de una guerra termonuclear es imposible, dado su poder masivo de destrucción y la inevitabilidad de la aniquilación mutua, y que esto les deja las manos libres para emprender guerras de otro tipo: guerras convencionales localizadas, campañas de represión, etc. Bien; del mismo modo, nosotros los revolucionarios creemos que la guerra revolucionaria puede ser desarrollada sin peligro de guerra nuclear. Es decir: la contrapartida de la actual estrategia intervencionista de los Estados Unidos —represalias limitadas y guerras locales— es nuestra política de otorgar pleno apoyo a las guerras de liberación de todos los pueblos que quieren librarse por sí mismos del imperalismo.

Antes de que pase mucho tiempo, los Estados Unidos se encontrarán obligados a extender excesivamente sus fuerzas, al efecto de pelear guerras intervencionistas de naturaleza universalmente odiosa, contra los movimientos revolucionarios en Asia, en África, en América Latina. Se encontrarán progresivamente solos, aislados y repudiados por la opinión mundial. El movimiento revolucionario estallará tarde o temprano en todos los países explotados y oprimidos, y aun si el "equilibrio nuclear" creara una situación en que la guerra termonuclear fuera imposible, porque ninguna de las partes la querría, los Estados Unidos perderán inevitablemente y de todos modos la lucha contra el movimiento revolucionario. Simplemente, las condiciones objetivas sociales e históricas favorecen extraordinariamente esa lucha de los pueblos subdesarrollados.

CUANDO JRUSCHOV AFRENTÓ A CUBA

LOCKWOOD: Ya que usted ha mencionado el tema del "equilibrio nuclear", quizás podamos discutir la crisis de los cohetes que tuvo lugar en octubre de 1962. ¿En qué momento se tomó la decisión, y a iniciativa de quién, de instalar proyectiles nucleares tierra a tierra en Cuba?

CASTRO: Naturalmente, los proyectiles no hubieran sido enviados si, en primer lugar, la Unión Soviética no hubiera estado preparada para enviarlos. Pero tampoco habrían sido enviados si nosotros no hubiéramos experimentado la necesidad de alguna medida que protegiera cabalmente al país. Tomamos la decisión en el momento en que pensamos que eran necesarias medidas concretas para paralizar los planes de agresión de los Estados Unidos, y planteamos esa necesidad a la Unión Soviética.

LOCKWOOD: ¿Y la respuesta soviética fue simplemente que los proyectiles serían enviados inmediatamente?

CASTRO: Sí.

LOCKWOOD: En una visión retrospectiva, pensando en todo lo que siguió como resultado de esa actitud, ¿está arrepentido de la decisión?

CASTRO: Realmente, no.

LOCKWOOD: Cuando los Estados Unidos y Rusia llegaron al acuerdo de que los proyectiles deberían ser retirados, ¿tuvo Cuba alguna influencia por la cual podía haberlos retenido?

CASTRO: Hubiera sido a costa de un rompimiento total con la Unión Soviética, y ello hubiera sido absurdo de parte nuestra.

LOCKWOOD: ¿Pero no existía en Cuba un gran sentimiento popular para retener los proyectiles?

CASTRO: Todos nosotros éramos partidarios de retener los proyectiles en Cuba. Más aún, la posibilidad de que la Unión Soviética los retirara fue una alternativa que nunca nos pasó por la mente. Esto no significa que nos hubiéramos opuesto cerradamente a otra solución, pero habríamos preferido una solución más satisfactoria, con participación de Cuba en las discusiones.

LOCKWOOD: ¿Cuál podría haber sido una solución alternativa?

CASTRO: En ese momento, éramos partidarios de enfrentar los acontecimientos. Sentíamos que teníamos un claro derecho, como país soberano, a adoptar las medidas pertinentes a nuestra defensa, y éramos absolutamente opuestos a aceptar las exigencias de los Estados Unidos, que en nuestra opinión cercenaban los derechos de nuestro país. Me pregunté: ¿qué derecho tienen los Estados Unidos a protestar por estas instalaciones, mientras en Italia, en Turquía, en las proximidades de la Unión Soviética, mantienen bases similares? ¿No otorga esto a la Unión Soviética el derecho a hacer lo mismo? No sólo estábamos actuando dentro de nuestros derechos, sino que se trataba de medidas defensivas similares a las que los Estados Unidos toman en otras partes del mundo.

LOCKWOOD: ¿Pero, por que creía usted que era necesario defender a Cuba con proyectiles nucleares? Usted dice que temía una invasión norteamericana, pero en esa época no se estaba organizando ninguna invasión de Cuba; eso quedó claro. Y usted debería haber advertido que, permitiendo la entrada de proyectiles nucleares en Cuba, en ese momento, estaba creando una poderosa posibilidad de conflicto nuclear.

CASTRO: El peligro de agresión existió, exactamente como existe ahora y existirá por mucho tiempo. ¿Por qué los proyectiles cons-

tituían una garantía para nosotros? Porque la estrategia norteamericana estaba, y está, basada en el equilibrio nuclear. Dentro de ese concepto, la presencia de proyectiles en Cuba nos hubiera conservado protegidos. Nos aseguraba contra el peligro de una guerra local, de algo similar a lo que están librando los Estados Unidos en Vietnam; una guerra que, para un país pequeño, puede significar casi tanta destrucción y muerte como las de una guerra nuclear.

LOCKWOOD: ¿Considera que existe poca diferencia en que Cuba sea envuelta en una guerra nuclear o en una convencional?

CASTRO: En una isla de nuestro tamaño, las armas convencionales con el empleo masivo del poder aéreo son equivalentes al uso de armas atómicas. Estamos seguros de que una agresión de esa clase realizada por los Estados Unidos contra nuestro país, nos costaría millones de vidas, porque significaría el comienzo de una lucha a prolongarse indefinidamente, con sus secuelas de muerte y destrucción.

LOCKWOOD: ¿Está convencido de que ello sucederá tarde o temprano?

CASTRO: No estoy seguro de si irá a pasar tarde o temprano, pero estamos muy conscientes de que el peligro existe. Si no fuera así, no gastaríamos tantos esfuerzos y dinero en preparar nuestras defensas.

LOCKWOOD: ¿Puede declarar inequívocamente que no existen proyectiles nucleares tierra-a-tierra en Cuba, hoy?

CASTRO: No tengo por qué cumplir ese servicio para el espionaje norteamericano. Consigue suficiente información a través de sus propios canales.

LOCKWOOD: Entonces conteste como un servicio al pueblo americano, que no tiene acceso a los informes secretos del espionaje de los Estados Unidos.

CASTRO: No quiero efectuar una declaración que pueda ser interpretada como la renuncia a un derecho. Pero si ello, como usted dice, puede ser útil al pueblo norteamericano, en aras de su tranquilidad, no tengo inconveniente en declarar que esas armas no existen en Cuba. Infortunadamente, no hay ninguna.

LOCKWOOD: ¿Considera que Jruschov actuó de una manera prepotente hacia Cuba, durante la crisis de los proyectiles?

CASTRO: Sí, Jruschov había tenido grandes gestos de amistad hacia nuestro país. Había hecho cosas que fueron de extraordinaria ayuda para nosotros. Pero la forma en que se condujo durante la crisis de octubre fue una seria afrenta para nosotros.

LOCKWOOD: ¿Hasta ese momento usted había gozado de relaciones personales bastante estrechas con Jruschov, no es así?

CASTRO: Sí. Había tenido con él muy buenas relaciones, las mantuvimos en todo lo posible, después del episodio, porque creíamos, pese a lo errado de su actuación en aquel momento, que el mantenimiento de las mejores relaciones con el Estado y el pueblo soviético era vital para nuestra revolución. Jruschov era aún Primer Ministro de la URSS. A nivel personal, fue siempre muy amable con todos nosotros. No tengo duda de que tenía una gran simpatía por la revolución cubana. Pero se encontró ante un gran dilema, enfrentado a facetas relacionadas con la paz y la guerra, y

esos factores lo llevaron a una decisión. Realmente, tenía una gran responsabilidad. La historia juzgará sus decisiones, finalmente.

LOCKWOOD: ¿Cuál fue su reacción cuando Jruschov fue destituido? ¿Se sorprendió?

CASTRO: Honestamente, sí. Tenía la impresión de que su liderato era estable.

LOCKWOOD: ¿Qué cree que pasó?

CASTRO: Pienso que debe haber ocurrido a causa de un complejo de circunstancias, posiblemente de carácter interno. Parece, además, que los métodos de conducción de Jruschov habían cambiado mucho y estaba orientándose hacia un estilo completamente personalista. Puedo agregar que, en la época en que Jruschov fue reemplazado, nuestras relaciones con él habían llegado a su punto más bajo.

LOCKWOOD: ¿Con él personalmente?

CASTRO: Con él, y en consecuencia con su gobierno.

LOCKWOOD: ¿Por qué eran tan malas las relaciones?

CASTRO: Después de la crisis de octubre las actividades subversivas de los Estados Unidos se incrementaron. Se habían organizado en América Central una serie de bases para promover agresiones contra nosotros. Todo lo cual, desde nuestro punto de vista, justificaba la posición que habíamos adoptado al comienzo de la crisis. También la actitud de Jruschov había cambiado, principalmente debido a la posición de Cuba respecto a ciertos aspectos de su política internacional.

LOCKWOOD: ¿Se está refiriendo al antagonismo que estaba promoviendo contra China Roja?

CASTRO: No a eso, específicamente, sino a la totalidad de su política exterior, empezando por la crisis de octubre.

LOCKWOOD: ¿Cree que debería haber adoptado una línea más dura hacia los Estados Unidos?

CASTRO: Exactamente eso, en lo esencial. El clima subsiguiente de desconfianza entre Jruschov y nosotros nunca pudo ser completamente disipado. Pero esa situación ha mejorado considerablemente desde el cambio en la dirigencia.

LOS COMPROMISOS QUE EE. UU. NO DIVULGO

LOCKWOOD: Al finalizar la crisis de octubre, uno de los puntos del acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética fue una afirmación norteamericana de que los Estados Unidos no invadirían Cuba. ¿Considera que ese compromiso aún rige?

CASTRO: Es indisputable. El compromiso es un asunto legal y de hecho. Desde entonces, los Estados Unidos han alegado que, dado que no permitimos inspecciones, no existe tal compromiso; pero de hecho lo aceptaron. Han reconocido que la Unión Soviética cumplió su parte del arreglo. En consecuencia, puede exigírseles que cumplan la suya. En más de una ocasión han declarado que el acuerdo no existe. Pero ese compromiso, como le digo, existe de hecho, y puedo decirle que paralelamente existen más compromisos, acerca de los cuales no se ha dicho una palabra.

Sin embargo, no creo que esta es la ocasión para hablar sobre ellos. No estoy escribiendo

mis memorias; soy un primer ministro en servicio activo. Un día, tal vez, se sabrá que los Estados Unidos hicieron algunas otras concesiones en relación a la crisis de octubre, paralelamente a las que se dieron a conocer.

LOCKWOOD: ¿En un compromiso escrito y firmado?

CASTRO: No fue un acuerdo establecido según el protocolo. Fue un compromiso que tuvo lugar por carta y a través de contactos diplomáticos.

LOCKWOOD: ¿El compromiso tuvo algo que ver con la suspensión de los vuelos de los U-2 norteamericanos sobre Cuba?

CASTRO: No, dado que los vuelos de los U-2 continúan sobre Cuba. Y no sólo vuelos de los U-2; también toman fotografías desde sus satélites.

LOCKWOOD: Ustedes poseen proyectiles tierra-aire capaces de derribar un U-2. ¿Por qué no lo hacen?

CASTRO: Cuando esos proyectiles fueron entregados a Cuba por la URSS, nos comprometimos a no usarlos excepto en caso de necesidad estricta, para la defensa del país ante una agresión. Como no queremos aparecer, en ningún caso, como provocadores y deseando conflictos, hemos observado estrictamente ese compromiso.

LOCKWOOD: ¿Después del fracaso de Bahía de Cochinos, usted piensa realmente que los Estados Unidos apoyarán otra invasión a Cuba?

CASTRO: La política de los Estados Unidos está modelada sobre el intervencionismo y la agresión. Es lógico que siempre alberguemos sospechas. Sobre esa base, debemos actuar como si fuera a ocurrir cualquier día. Somos conscientes, también, de que no resulta fácil, para los Estados Unidos, lanzar un ataque contra nosotros. Primero, porque tendría que emplear grandes fuerzas y afrontar una larga guerra en nuestro país, para ser atrapado en una lucha sin fin. En segundo lugar, por que se expondrían a complicaciones internacionales muy serias, y ellos deben saber muy bien las cosas que pueden ocurrir como resultado de una invasión de Cuba, ya que la Unión Soviética posee una posición muy firme y definitiva con respecto a Cuba. Así, los Estados Unidos tienen más para perder que para ganar, y a largo plazo no podrían detener el movimiento revolucionario en otras zonas.

LOCKWOOD: ¿Ha habido alguna disminución de las actividades contrarrevolucionarias en Cuba desde la crisis de los cohetes?

CASTRO: No, la CIA mantiene incesantemente sus actividades, con todos los recursos posibles. Trabaja en forma sistemática con todos los cubanos que están actualmente en Estados Unidos, con los parientes y amigos de los contrarrevolucionarios que se encuentran allá, procurando sin tregua organizar redes de información, espionaje y contrarrevolución.

EN UNA REVOLUCION NO HAY NEUTRALES

LOCKWOOD: ¿Cuántos prisioneros políticos hay actualmente en Cuba?

CASTRO: Aunque por regla general no damos este tipo de información, voy a hacer una excepción con usted. Creo que deben de haber

20 mil, aproximadamente. Este guarismo comprende todos los sentenciados por tribunales revolucionarios, y entre ellos no sólo los condenados por actividades contrarrevolucionarias, sino también los que cometieron delitos contra el pueblo durante el batistato, y muchos casos que no tienen nada que ver con actividades políticas (peculados, robos o asaltos), pero que por su carácter especial fueron transferidos a los tribunales revolucionarios. Desgraciadamente, tendremos contrarrevolucionarios presos todavía por muchos años.

LOCKWOOD: ¿Por qué?

CASTRO: En un proceso revolucionario no hay neutrales: sólo hay partidarios de la revolución o enemigos de ella. En todo gran proceso revolucionario ha ocurrido así, en la Revolución Francesa, en nuestra revolución. No me estoy refiriendo a revueltas, sino a procesos en los cuales acontecen grandes cambios sociales, grandes luchas de clases que abarcan millones de personas. Nos encontramos en medio de una lucha de ese carácter.

Sería una buena cosa que los ciudadanos de los Estados Unidos meditaran acerca de la gran responsabilidad de la CIA y del gobierno norteamericano respecto a esos prisioneros. En el caso de la invasión a la Bahía de Cochinos, la revolución fue clemente con los invasores. Sólo ejecutó a quienes habían cometido atrocidades en el pasado, individuos culpables de infinidad de torturas y crímenes contra los revolucionarios bajo el batistato, y que después se plegaron a los mercenarios. Sólo contra ellos, como contra los convictos de delitos similares ante los tribunales de crímenes de guerra que se instauraron después de la revolución, se aplicó la ley más rigurosa. En cuanto a los otros, podríamos tenerlos presos de 20 a 30 años. No obstante, por iniciativa del gobierno revolucionario, se aplicó la fórmula de la indemnización para su rescate. Fue, en cierto sentido, un acto moral, al obligar a Estados Unidos a que pagara una indemnización por el daño que nos había hecho.

LOCKWOOD: ¿Se pagó completamente la indemnización?

CASTRO: No; en realidad, ocurrió algo. Un mal precedente, diría, porque no nos pagaron el total de la indemnización, ni en cantidad ni en calidad. Confiando en la seriedad de la Cruz Roja, nos expusimos a ciertos riesgos al liberar a todos los prisioneros antes de que terminaran de pagarnos toda la indemnización. Dimos la libertad hasta a norteamericanos que no estaban incluidos en las negociaciones. El abogado Donovan me pidió en especial que los liberáramos sin esperar a que nos pagaran completamente la indemnización. Y después quedó claro que Donovan no tenía suficiente poder como para cumplir sus compromisos. No reprobó a Donovan, sino al gobierno de los Estados Unidos. Lo que hizo éste estuvo muy mal, y se volverá contra otros ciudadanos norteamericanos que puedan encontrarse algún día en una situación similar. Pienso que éstos habrán perdido más que lo que perdimos nosotros.

LOCKWOOD: ¿Qué parte de la indemnización les fue pagada?

CASTRO: Según nuestros cálculos pagaron un total de US\$ 40:000 000 de un total de US\$ 82:000 000 que habían prometido. Una parte del material médico no fue enviado, y no mantuvieron su palabra respecto a muchas medicinas, tanto en cantidad como en cali-

dad. Por esa razón nos hemos negado a escuchar cualquiera propuesta norteamericana para ayudar a gente encarcelada por crímenes contra la revolución. Hay que recordar que el gobierno estadounidense no sólo es imputable por los que vinieron en la invasión, que constituyó una intervención muy abierta y muy directa, sino también por los miles de hombres que están presos por haberse alistado en las organizaciones de la CIA. Esta gente será excarcelada sólo en virtud de los planes de rehabilitación aplicados por el gobierno revolucionario, ya que Estados Unidos no puede ofrecerles ninguna esperanza de libertad.

LOCKWOOD: Una vez usted manifestó que si el gobierno norteamericano se comprometiera a dejar de fomentar la contrarrevolución en Cuba, ustedes concederían la liberación de la mayoría de todos los prisioneros políticos en Cuba. ¿Su posición ha cambiado a ese respecto?

CASTRO: Formulamos esa propuesta porque creemos que la actividad contrarrevolucionaria dirigida y alentada por Estados Unidos es la causa fundamental de las tensiones existentes y, en consecuencia, de las medidas que nos vemos obligados a tomar. Estoy seguro de que sin el apoyo de Estados Unidos no habría contrarrevolución. Si la contrarrevolución finaliza, la necesidad de mantener presos a muchos contrarrevolucionarios, también.

LOCKWOOD: ¿Qué efectos ha tenido el bloqueo norteamericano sobre el comercio exterior cubano?

CASTRO: El efecto del bloqueo norteamericano ha sido el movernos a trabajar mejor y más duramente.

LOCKWOOD: ¿Ha resultado efectivo?

CASTRO: Ha resultado efectivo a favor de la revolución.

LOCKWOOD: ¿No están comerciando ustedes con Francia, Japón, Canadá, Inglaterra, Italia y otros países no comunistas, y hasta procurando expandir ese comercio?

CASTRO: Sí, lo estamos, y Estados Unidos utiliza todas las presiones que puede tanto contra los gobiernos de esos países como contra las empresas comerciales que negocian con nosotros, para cortar ese comercio. ¿Pero qué sucede? ¿Por qué todos los demás países comercian con nosotros? Porque comprenden que la política de Estados Unidos es una política suicida. Porque esos países, lejos de seguir a Estados Unidos en cuanto a no comerciar con el campo socialista, comercian cada vez más y más con éste, con lo cual llenan el vacío que deja Estados Unidos con su política restrictiva en ese intercambio.

LOCKWOOD: Pero, salvo con China Roja, Albania, Norvietnam, Norcorea y Cuba, Estados Unidos comercia con todas las naciones comunistas.

CASTRO: Son excepciones muy significativas. El campo socialista, China incluida, está constituido por más de mil millones de seres humanos. Es un mercado gigantesco. Es absurdo que un país que tiene madurez y experiencia abandone tal oportunidad. Al renunciar a las posibilidades plenas de vender al vasto mercado del campo socialista, Estados Unidos sigue un curso contrario a sus propios intereses económicos. Estados Unidos no quiere comerciar con China, y entonces Japón aumenta su comercio con China, Inglaterra

aumenta su comercio con China, Francia aumenta su comercio con China, Estados Unidos no quiere comerciar con la Unión Soviética; pero una de las razones del alto nivel de la economía europea, uno de los principales motivos del nuevo desarrollo de esa economía, consiste en el creciente comercio de Europa Occidental con la Unión Soviética.

Me pregunto si los Estados Unidos proyectan hacer lo que han hecho con Cuba, en el resto del mundo, cada vez que ocurra una revolución. Si tal es el caso, tiempo llegará en que deban romper sus relaciones comerciales con la mayor parte del mundo, con dos mil o tres mil millones de seres humanos. No menos auto-destructivamente, Estados Unidos se compromete en una especie de ayuda internacional que lo convierte en la víctima de todo tipo de chantajes económicos. Para financiar su política represiva contra los movimientos de liberación, se ve obligado a invertir sumas enormes. Los beneficiarios de esa ayuda, al tanto del pánico que los Estados Unidos sienten por las revoluciones, formulan la demanda clásica, "La bolsa o el comunismo", y casi siempre obtienen su paga, que por regla general va más a los bolsillos de los chantajistas que a la ayuda a sus pueblos.

EL NIVEL DE VIDA EN LA REVOLUCION

LOCKWOOD: Antes habló usted de La Habana prerrevolucionaria como de una ciudad superdesarrollada en un país subdesarrollado. Pero hoy aparece a muchos de sus visitantes como una reliquia en ruinas. Sus calles, que no son reparadas, están casi vacías de tránsito; sus edificios están venidos a menos; los servicios públicos son ineficientes; la escasez de viviendas, aguda. Si Cuba no puede mantener su propia capital, ¿cómo puede esperarse que cumpla sus propias obligaciones financieras internacionales?

CASTRO: Una ciudad moderna tiene muchos gastos; mantener a La Habana al mismo nivel que antes resultaría en detrimento de lo que debe hacerse en el interior del país. Por esa razón, La Habana ha de padecer ese proceso de desuso, de deterioro, hasta que puedan obtenerse suficientes recursos. Por supuesto, se tendrá en consideración todo lo que es esencial en La Habana; los servicios públicos, transportes, agua, alcantarillado, calles, parques, hospitales, escuelas, etc. Pero hemos abandonado la construcción de nuevos edificios, como esos pródigos rascacielos que eran construidos en los tiempos prerrevolucionarios, en desmedro del interior del país. Además, bajo la ley de reforma urbana de 1960, todos los alquileres fueron reducidos y mucha gente ya no paga ningún tipo de alquiler.

LOCKWOOD: ¿Cómo funciona la ley?

CASTRO: Primero, los alquileres de todas las viviendas fueron inmediatamente reducidos en un 40%, término medio. Segundo, quienes vivían en casas construidas 20 o más años antes de 1960, quedaban obligados a pagar alquiler sólo durante cinco años más. En los edificios más modernos tenían que pagar más tiempo, hasta un máximo de veinte años para los recién construidos. Tercero, en todas las casas nuevas, los inquilinos pagan nada más que el 10% del ingreso familiar. A fines de 1965 terminaron los primeros cinco años de la reforma urbana, y alrededor del 80% de la población urbana pasó a ser propietaria de

sus propias casas y dejó de pagar alquileres. Un resultado de esto es que los ingresos de las familias urbanas han aumentado en decenas de millones de pesos.

LOCKWOOD: Pero hay una aguda escasez de viviendas en La Habana, ¿no? He oído hablar de novios que tienen que esperar dos o tres años para casarse, y vivir mientras tanto con sus respectivas familias, porque no reciben un apartamento.

CASTRO: Si invirtiéramos los recursos disponibles en la construcción de las casas necesarias para satisfacer las necesidades de La Habana, todo el resto de la isla tendría que sacrificarse. Además, el número de jóvenes que tienen empleos y orientan sus propias vidas, ha aumentado considerablemente. Antes, muy difícilmente un muchacho de 17 o 18 años podía pensar seriamente en casarse. Muchos jóvenes tenían que esperar hasta conseguir trabajo. Hoy los muchachos trabajan y las muchachas también. De este modo se ha acrecido considerablemente el número de casamientos, así como el de nacimientos.

LOCKWOOD: ¿La escasez de viviendas en las ciudades constituye una de las razones que han permitido la continuación de esa vieja institución cubana, la posada?

CASTRO: Bueno, el problema es mucho más complejo. No sé tampoco adónde quiere ir usted en el análisis del problema. El caso de las posadas plantea una serie de cuestiones de tipo humano que habrán de ser analizadas en el futuro. Las tradiciones y costumbres a veces pueden chocar con las nuevas realidades sociales, y los problemas de las relaciones sexuales de la juventud requerirán más atención científica. Pero la discusión de ese problema no ha sido colocada en un lugar preeminente del orden del día, actualmente. No es fácil cambiar las costumbres o las tradiciones, ni se las puede tratar superficialmente. Creo que las nuevas realidades —sociales, económicas y culturales— determinarán nuevas condiciones y nuevos conceptos acerca de las relaciones humanas.

LOCKWOOD: ¿Conceptos divergentes de las estrictas tradiciones religiosas que todavía forman la base de la actitud prevaleciente de los cubanos ante las relaciones sexuales?

CASTRO: Se me ocurre que no se trata tan sólo de tradiciones religiosas, que naturalmente tienen su influencia, sino también de ciertas costumbres españolas, que son más estrictas en este aspecto que, por ejemplo, las tradiciones anglosajonas. Naturalmente, esos centros a los que usted alude están en funcionamiento porque satisfacen una necesidad social. Cerrarlos no tendría sentido. Pero lo que ha sido definitivamente erradicado es la prostitución. Es ésta una modalidad viciosa, corrupta, cruel, que afecta generalmente a mujeres de origen humilde, las cuales, por una infinita cantidad de razones económicas y sociales, caen en esa vida. La revolución ha terminado con eso, no de manera abrupta, drástica, radical, sino progresivamente, tratando de dar empleo y oportunidades educacionales a las mujeres, de modo que puedan aprender oficios que les permitan trabajar y ganarse la vida de manera diferente. Esto ha progresado lento, pero muy efectivamente. Esto plantea, asimismo, la necesidad futura de abordar el problema de las relaciones sexuales en diferente manera. Pero creemos que se trata de problemas de futuro, y de problemas que no pueden ser resueltos por decreto, de ningún

modo. Creo que el pueblo está desarrollando nuevas ideas como resultado de una educación más científica, de una cultura superior, de la abolición de ciertos prejuicios; todo esto, como ha ocurrido en otros países, ha ocurrido gradualmente.

LOCKWOOD: ¿En qué medida incluyen los planes de estudio de las escuelas cubanas el adoctrinamiento político?

CASTRO: Lo que usted llama adoctrinamiento político quizá podría ser llamado más correctamente educación social: después de todo, educamos a nuestros hijos para que vivan en una sociedad comunista. Desde temprana edad debe desalentarse en ellos cualesquiera sentimientos egoístas en el goce de las cosas materiales, como por ejemplo el sentimiento de propiedad privada, y se alienta en ellos el esfuerzo común y el espíritu de cooperación.

LOCKWOOD: ¿Hay un intento de enseñar materias tales como arte y literatura, y la crítica de las mismas, desde un punto de vista marxista?

CASTRO: Tenemos muy poca gente capacitada, en condiciones de dar una interpretación marxista de los problemas del arte. Pero como revolucionario, entiendo que una de nuestras preocupaciones fundamentales debe ser que todas las manifestaciones de la cultura sean puestas al servicio del hombre, desarrollando en él todos los sentimientos positivos. Para mí, el arte no es un fin en sí mismo. El hombre es su fin, hacerlo más feliz, mejor. No concibo ninguna manifestación de cultura, de ciencia, de arte, como fines en sí mismos. Pienso que el fin de la ciencia y la cultura es el hombre. ¿Pero significa esto que toda obra debe tener un mensaje político en sí misma? No, no es necesario.

LOCKWOOD: ¿Existe algún intento de ejercer control sobre la producción del arte en Cuba, en literatura, por ejemplo?

CASTRO: No, pero un libro que no tenga, a nuestro juicio, algún valor, podría no tener posibilidades de ser publicado.

LOCKWOOD: En otras palabras, si un autor escribe una novela que contiene sentimientos contrarrevolucionarios, ¿probablemente no podría ser publicada en Cuba?

CASTRO: Por el momento, no. Llegará el día, cuando haya gran abundancia de papel y medios de impresión, esto es, cuando la publicación de tal libro no vaya en detrimento de la de un texto o de un libro de valor universal en la literatura mundial. Entonces se podrá discutir lo que uno desee acerca de cualquier tema. Soy partidario de la discusión lo más amplia posible en el campo intelectual. ¿Por qué? Porque creo en el hombre libre, creo en el hombre capaz de pensar, en el hombre que siempre actúa según su convicción, sin temor de ninguna especie. Y creo que las ideas deben poder defenderse a sí mismas. Me opongo a las listas negras de libros, a la prohibición de films y cosas por el estilo. Porque creo en un pueblo suficientemente cultivado y educado para poder juzgar correctamente sobre cualquier problema, sin temor de entrar en contacto con ideas que puedan confundirlo o desviarlo de sus creencias fundamentales. Ojalá todos los hombres y mujeres de nuestro país sean así en el futuro. Este es el tipo de hombre que queremos formar. Si no sintiéramos de esta manera, seríamos hombres sin fe en nuestras propias convicciones, en nuestra propia filosofía.

LOCKWOOD: ¿Por qué no es posible tal atmósfera en el presente?

CASTRO: Sería una ilusión pensar que lo es. Primero, por los problemas económicos correspondientes, y segundo, por la lucha en que estamos empeñados.

LOCKWOOD: ¿Si en Cuba no hay una dictadura, de qué manera el pueblo puede influir efectivamente sobre los dirigentes?

CASTRO: Hay una influencia recíproca del pueblo sobre los dirigentes y de los dirigentes sobre el pueblo. El principio primero y más importante es tener afecto genuino y respeto por el pueblo. El pueblo puede sentir esto, y eso lo gana. A veces los dirigentes tienen que adoptar resoluciones por sí mismos; a veces tienen que avanzar a la cabeza del pueblo. Lo importante es la identificación de los líderes con las aspiraciones y emociones populares. Hay muchas maneras de establecer esa identificación. La mejor de todas es mantener con las masas el contacto más directo posible.

LOCKWOOD: ¿Qué papel espera desempeñar en el gobierno del futuro, una vez que el partido esté plenamente establecido y rija la Constitución?

CASTRO: Creo que por unos años más figuraré como líder del partido. Si saliera diciendo que no quiero serlo, la gente pensaría que me he vuelto loco. ¿Pero quiere que le hable sinceramente? Trataré de serlo el menor tiempo posible. Me gustan muchas otras cosas que no son actividades oficiales. Creo que todos nosotros debiéramos retirarnos relativamente jóvenes. No lo postulo como un deber, sino como algo más: un derecho.

LOCKWOOD: ¿Realmente puede imaginarse a sí mismo "como un viejo estadista" retirado?

CASTRO: Me resulta más difícil imaginarme como un viejo que como un estadista retirado, por lo duro que será para mí no poder escalar montañas, nadar, pescar con arpón y dedicarme a todos los pasatiempos que me gustan. Pero hay una cosa que me atrae mucho y de la cual la edad no podrá apartarme: estudiar, experimentar y trabajar en la agricultura. Cuando me retire, podré dedicar todo mi tiempo de trabajo a eso. Creo, por tanto, que no me voy a aburrir. Pero quizás incurra en el hábito que aflige a todos nosotros: el de pensar que la nueva generación está poniendo todo cabeza abajo. Es una manía característica de los viejos, pero trato de mantenerme alerta contra ella.

GUANTANAMO, AMENAZA REAL

LOCKWOOD: ¿Además de los vuelos de los U.2, existen otras áreas donde persista un conflicto físico entre Estados Unidos y Cuba?

CASTRO: Las provocaciones de la base de Guantánamo.

LOCKWOOD: ¿Sostiene que Estados Unidos provoca incidentes en Guantánamo?

CASTRO: Sí. Tienen un ritmo; a veces más, a veces menos. En estos últimos tiempos no ha habido casos de daños o muertes, aunque siguen disparando ocasionalmente sobre nuestro territorio pero nuestros emplazamientos ahora tienen mejores defensas; están protegidos, antes estaban al descubierto.

LOCKWOOD: ¿Guantánamo no es una amenaza real, no? ¿No espera una invasión desde Guantánamo?

CASTRO: No esperamos una invasión en ninguna fecha o lugar específico, pero sabemos que una gran amenaza auténtica existirá siempre de parte de Estados Unidos. Por eso, no tenemos más remedio que estar alertas, dedicar gran parte de nuestras energías y recursos al fortalecimiento de nuestras defensas.

LOCKWOOD: ¿Por qué le parece tan peligrosa la invasión de Estados Unidos?

CASTRO: Estados Unidos sabe lo arriesgada que es la intervención en Vietnam; sabe de los perjuicios y peligros a los cuales se expone al combatir contra una asociación de fuerzas superiores en el extremo opuesto del mundo. No obstante, contra toda lógica, dejando de lado el más elemental sentido común y a pesar del consejo de muchos de sus aliados, ha avanzado cada vez más en ese callejón sin salida que es la guerra en Vietnam del Sur. Cuando un gobierno actúa de esa manera, ¿qué seguridad se puede tener que no cometa el mismo error en alguna otra parte del mundo—quizás más cerca de la patria?

LOCKWOOD: ¿Qué hace con los agentes que captura?

CASTRO: Lo mismo que hicimos con los prisioneros capturados en Bahía de Cochinos.

Mientras existan los contrarrevolucionarios apoyados por Estados Unidos; mientras ese país organice grupos de espionaje y sabotaje, intente formar bandas de invasores, infiltre cientos de agentes en nuestro territorio, envíe bombas, explosivos y armas; mientras los contrarrevolucionarios tengan ese apoyo—aun cuando sus fuerzas crezcan cada vez menos—tendrán que existir los tribunales revolucionarios para castigar a quienes se dedican a esas actividades contra la revolución.

Gracias a nuestro programa de rehabilitación, no tengo dudas que muchos de esos hombres llegarán también a ser revolucionarios.

REHABILITACION DE LOS "GUSANOS"

LOCKWOOD: ¿Qué clase de rehabilitación?

CASTRO: Existen dos clases. Una para gente que vive en áreas rurales y colabora con las bandas contrarrevolucionarias que operan en las montañas de Escambray. No se les envía a prisión; se les transfiere, durante un período de uno o dos años, a las granjas. Durante ese período, el gobierno revolucionario se encarga de las necesidades de sus familias. Cuando se les deja en libertad, han sido y son reubicados como trabajadores agrícolas y ellos y sus familias reciben nuevos alojamientos construidos para ellos por el gobierno. El otro tipo de rehabilitación se aplica a gente sentenciada por delitos contra el pueblo durante la época de la tiranía de Batista y también a los sentenciados por delitos contrarrevolucionarios desde 1959. Su rehabilitación consta de tres etapas: primero, la participación del sentenciado en el trabajo agrícola, el estudio y otras actividades; en la segunda etapa se le permite visitar a su familia periódicamente; en la tercera se le otorga la libertad condicional.

LOCKWOOD: La mayor parte de las insti.

tuciones penales con programas de rehabilitación se dedican a la enseñanza de la habilidad manual, práctica oficiosca y administración de negocios ¿Por qué le da tanta importancia a la capacitación agrícola?

CASTRO: El desarrollo agrícola es fundamental para nuestro país. Significa satisfacer rápidamente las necesidades básicas de la gente: comida, vestido y casa. Significa la utilización inmediata de los recursos naturales que el país posee.

LOCKWOOD: ¿Cuáles son?

CASTRO: Los recursos de nuestro suelo y nuestro clima. Estar situados en una zona semitropical supone condiciones excepcionales para el cultivo de ciertas cosechas. Por ejemplo, no existe otro país en el mundo, en mi opinión, que tenga las condiciones naturales de Cuba para la producción de caña de azúcar. También tiene condiciones excepcionales para la cría de ganado. Podemos utilizar nuestras pasturas todo el año y creo que nuestra productividad por hectárea, de carne y leche, puede ser dos veces mayor que la de cualquier país industrializado de Europa: lo mismo para los frutos tropicales, que cada vez tienen más demanda mundial. También nuestras condiciones son buenas para las legumbres de invierno, las fibras y las maderas preciosas, incluso algunas que sólo se encuentran en nuestro suelo. Con esos recursos naturales y una inversión relativamente pequeña en maquinaria agrícola, semillas, fertilizantes e insecticidas, y el trabajo de la gente, podremos en poco tiempo amortizar nuestra inversión y obtener a la vez un considerable superávit para la exportación.

Por supuesto, las posibilidades que describo existían también antes de la revolución. Las condiciones naturales eran las mismas. ¿Qué faltaba? Mercados. Carecíamos tanto de mercados internos como externos. Casi todo nuestro comercio se realizaba exclusivamente con Estados Unidos. En cierto sentido, en un principio tenía una base natural: era un intercambio de productos que Cuba producía fácilmente y EE. UU. necesitaba, por productos que EE. UU. producía y Cuba necesitaba. Pero fue deformado por las tarifas privilegiadas para las mercaderías norteamericanas que impuso a Cuba Estados Unidos. De esa manera, los productos industriales norteamericanos adquirieron grandes ventajas sobre los de otros países.

Por supuesto, teníamos un comercio infimo con el resto del mundo; pero dadas las circunstancias, estaba muy por debajo del verdadero potencial, y provocó el estancamiento absoluto de nuestro desarrollo económico. En los últimos 30 años anteriores al triunfo de la revolución, la población de Cuba se duplicó. Sin embargo, en 1959 siete millones de cubanos vivían con la renta, prácticamente, del mismo monto de exportaciones de azúcar que cuando teníamos tres millones y medio de habitantes. Sufrimos una enorme desocupación. Las empresas norteamericanas establecidas aquí enviaban a Estados Unidos beneficios que superaban en cien millones de dólares anuales lo recibido por el país en los últimos diez años anteriores a la revolución. El pequeño país subdesarrollado ayudaba al gran país industrializado.

LA HABANA, CIUDAD SOCIALISTA

Quien visitaba La Habana en aquella época, se encontraba con una ciudad llena de negocios, de luces de neón, de anuncios, de automóviles. Podría sacar la impresión de cierta prosperidad; pero su significado verdadero era que gastábamos hasta el menor recurso que teníamos en mantener una vida elegante para una infima minoría de la población. La imagen de prosperidad no era transportable al interior de Cuba, donde la amplia mayoría de la gente necesitaba agua corriente, caños maestros, carreteras, hospitales, colegios y transportes, donde miles de cañeros trabajaban sólo tres meses al año y vivían en las más horribles condiciones sociales imaginables. Teníamos la paradójica situación de que aquellos que producían el bienestar eran precisamente quienes no recibían sus beneficios. Y los que disfrutaban del bienestar no vivían en el país, no producían nada y vivían una vida blanda, ociosa y propia del bienestar. Teníamos una clase próspera, pero no un país próspero.

La falsa imagen de la prosperidad, que en realidad era la prosperidad de una pequeña clase, es la imagen que Estados Unidos intenta presentar de Cuba antes de la revolución, para demostrar cuán desprovista está actualmente nuestra gente. Para intentar esconder no sólo la verdadera imagen de lo que ocurre en Cuba ahora, sino también la verdadera imagen de la época prerrevolucionaria, la imagen de las terribles condiciones sociales y económicas en que vivía la mayoría del país. Por supuesto, no hemos hecho rica a esa mayoría desde la revolución, pero mejoramos extraordinariamente sus condiciones de vida. Le garantizamos asistencia médica en todo momento; erradicamos el analfabetismo, y ofrecemos facilidades y oportunidades de estudio a todo el mundo, niños y adultos. Se han construido miles de viviendas, carreteras, calles, parques, acueductos, sistemas colectores. Suministramos comida, vestido, atención médica, ocupación plena; en síntesis, todo lo posible dentro de nuestros medios para mejorar las condiciones de vida de esa vasta mayoría, aunque hayamos tenido que hacerlo en detrimento de la vida lujosa que llevaba antes una minoría.

DESCRIPCION DE LA AGRICULTURA

LOCKWOOD: ¿Y todo eso fue realizado para desarrollar la agricultura cubana, antes que la industria?

CASTRO: Sí. ¿Ibamos a tratar de solucionar nuestros problemas, satisfacer nuestras necesidades, incrementar nuestra economía invirtiendo cientos de millones de pesos en costosas instalaciones industriales? Lleva años construirlas y comenzar la producción y, más importante aún, requiere cientos y cientos de ingenieros y obreros calificados, sólo para producir algunos artículos de los cuales ya hay exceso en el mundo. ¿O íbamos a aprovechar nuestros recursos naturales y, utilizando los miles de hombres y mujeres capaces de hacer tareas sencillas, empezar por crear rápidamente un bienestar con un mínimo de inversión, y producir artículos escasos en el mundo?

Hay escasez de fruta, por ejemplo; de le.

gumbres, por lo menos en ciertas épocas del año; de carne y leche, también de azúcar. En síntesis, hay escasez de alimentos en el mundo; y la población mundial crece a una tasa mucho mayor que la del crecimiento de la producción alimenticia. Por consiguiente, un país que desarrolla la producción de alimentos según criterios científicos, como lo hace nuestro país en estos momentos, producirá algo para lo cual existe una necesidad ilimitada. En tanto numerosas áreas del mundo se industrialicen cada vez más, la posición de los países productores de alimentos mejorará, puesto que es más fácil para un país industrializado producir un automóvil que un toro.

Por lo tanto llegamos a la conclusión de que nuestra principal fuente de beneficios inmediatos reside en la agricultura, en la cual debemos invertir nuestros recursos presentes mientras preparamos a la población para el desarrollo de sectores industriales que requerirán un nivel más elevado de técnica e inversión. Eso significa que hasta 1970, nos dedicaremos fundamentalmente al desarrollo de la agricultura. Entre el año en curso y 1970, duplicaremos nuestras exportaciones en dólares. Creo que ningún otro país en América Latina tiene esta perspectiva tan inmediata. Nuestro comercio crece, la confianza en nuestra economía se fortalece, y en este momento, cuando los precios del azúcar en el mercado mundial están más bajos que nunca, en Cuba no ha habido despidos, ni los ingenios azucareros han tenido que cerrar, ni se han reducido los salarios como en Perú, Brasil y Santo Domingo —lo cual en gran parte provocó el descontento que desembocó en revolución. Al contrario, hemos producido más azúcar; hemos aumentado los salarios y en lugar de cerrar los ingenios azucareros incrementamos la plantación de la caña de azúcar y el número de molinos azucareros. ¿Qué nos permite hacer esto? El amplio mercado que tenemos para el azúcar, en la Unión Soviética, en los otros países socialistas de Europa y Asia que necesitan azúcar y que a su vez producen artículos que nosotros necesitamos.

Los problemas del hambre y la miseria en los países subdesarrollados sólo puede resolverlos la revolución. Revolución que cambie las estructuras sociales, que barra con la esclavitud social, que termine con gastos y lujos innecesarios, con el despilfarro de los recursos; revolución que permita a los pueblos de las naciones subdesarrolladas dedicarse a planificar y a trabajar pacíficamente. Llegará el día cuando Estados Unidos entienda que sólo esos países que han realizado su revolución están en posición de cumplir sus obligaciones financieras internacionales.

LOCKWOOD: También en nombre de la "lucha" la prensa cubana escribe tan unilateralmente sobre Estados Unidos?

CASTRO: No le voy a decir que no lo hacemos. Es verdad, todo lo que decimos sobre Estados Unidos se refiere esencialmente a los peores aspectos, y es muy raro que algo favorable a Estados Unidos se publique aquí. Simplemente tenemos la misma actitud que su país respecto a Cuba. Quiero decir que siempre tratamos de crear la peor opinión sobre todo lo que sucede en Estados Unidos, como respuesta a lo que siempre han hecho con nosotros. La única diferencia es que nosotros

no escribimos falsedades sobre Estados Unidos. Le dije que acentuamos las peores cosas, que omitimos las que pueden tener un aspecto positivo, pero no inventamos mentiras.

FUNCIONAMIENTO DE LA PRENSA

LOCKWOOD: ¿De todas maneras no sería mejor para ustedes mantener a la opinión en conocimiento de todo lo que sucede en Estados Unidos, que persistir en crear una imagen distorsionada sobre él? Por ejemplo, en los últimos años, como usted sabe mejor que su pueblo, ha habido un gran esfuerzo de parte de nuestro gobierno para ayudar al negro en la lucha por sus derechos civiles, y se aprobó una legislación que lo apoya ampliamente. ¿No debería la prensa cubana dar esta información histórica, junto a sus habituales titulares sobre los tumultos negros en California y la violencia del Ku Klux Klan en Alabama, única clase de información racial que ustedes publican?

CASTRO: Tenemos entendido que las noticias sobre la legislación de derechos civiles se han publicado aquí; no obstante, por supuesto, tenemos al respecto puntos de vista sustancialmente diferentes a los suyos. Creemos que el problema de la discriminación racial tiene una base económica apropiada en una sociedad clasista donde el hombre es explotado por el hombre. Pero sin lugar a dudas es un problema difícil, complejo. Nosotros hemos sufrido también la experiencia de la discriminación. La discriminación desaparece cuando desaparecen los privilegios sociales, y no le costó gran esfuerzo a la revolución resolver ese problema. No creo que pueda hacerse en Estados Unidos. Sería absurdo hablar en este momento de revolución en su país. Quizás nunca haya una revolución en Estados Unidos en el sentido clásico del término, sino cambios evolutivos. Estoy seguro, por ejemplo, que dentro de 500 años la sociedad norteamericana será absolutamente distinta de la actual. Probablemente en ese entonces no tengan problemas de discriminación.

MCCARTHY Y LA CENSURA

LOCKWOOD: Volvamos al tema de la censura. Los observadores extranjeros en general creen que quien tenga un punto de vista sustancialmente diferente a la línea del gobierno sobre la política exterior norteamericana o cualquier otra cosa, tiene muy pocas oportunidades de expresarse en la prensa. Parece, en verdad, que es un arma del gobierno.

CASTRO: Es cierto. Existe muy poca crítica. Un enemigo del socialismo no puede escribir en nuestros diarios; pero no negamos, ni proclamamos una libertad de prensa hipotética que no existe actualmente, como hacen ustedes. Podrá decirme que en Estados Unidos es posible publicar un libro contra el gobierno o escribir artículos criticando el orden establecido. Pero de ninguna manera, cuando amenazan la seguridad del sistema. Hasta actividades que no constituían un peligro para Estados Unidos han sido perseguidas; varias personalidades que se caracterizaban no por marxistas sino por progresistas —en el cine, en la televisión, en las universidades y en otros medios intelectuales— fueron investiga-

das, arrestadas, sufrieron persecuciones, fueron requeridas a comparecer ante el comité denominado de Actividades Antinorteamericanas con todas las consecuencias que eso supone. Por lo tanto existe un verdadero terror intelectual en Estados Unidos. Es poca la gente que tiene el coraje de afirmar opiniones progresistas, cuando teme desencadenar esas consecuencias sobre sí misma.

LOCKWOOD: Eso ocurrió sólo en la época de McCarthy, más de doce años atrás.

CASTRO: Creo que aún ocurre en gran escala. La crítica es posible en Estados Unidos sin duda, pero dentro del sistema, no contra él. El sistema es algo sagrado, intocable, contra el cual sólo unas pocas excepciones auténticas e intransigentes se atreven a levantarse. Admito que nuestra prensa es deficiente en ese sentido. No creo que la carencia de crítica sea saludable. Más aun, la disidencia es un instrumento útil y positivo, y creo que todos nosotros debemos aprender a servirnos de ella.

LOCKWOOD: ¿Significa que va a permitir la crítica de la revolución?

CASTRO: La crítica sí; pero no trabajar al servicio del enemigo o de los contrarrevolucionarios.

LOCKWOOD: ¿Quién decide cuándo la crítica es constructiva y cuándo contrarrevolucionaria?

CASTRO: Decide el partido, el poder político, el poder revolucionario. Comprenda que estamos en plena guerra prácticamente abierta; en circunstancias semejantes todo el resto debe subordinarse a la lucha por la supervivencia.

LOCKWOOD: ¿Aun la libertad de palabra?

CASTRO: Cuando Estados Unidos se enfrentó a emergencias similares, siempre reprimió sin consideraciones todo lo que se oponía a los intereses del país mientras estaba en guerra.

LOCKWOOD: No es cierto, por lo menos en el caso de la guerra en Vietnam.

CASTRO: No es una guerra declarada, total. Cuando estaban en guerra con los nazis mantenían esa política. De todas maneras, cuando dejamos de vivir en estado de sitio, cuando Estados Unidos abandone sus designios imperialistas de "liberar" a Cuba, las causas que regulen esas medidas represivas tan severas, habrán desaparecido. Hasta ese momento, no vale la pena engañarnos y considerar que el periodismo puede tener otra función más importante que contribuir a los objetivos políticos y revolucionarios de nuestro país. Tenemos un programa, un objetivo a realizar, y ese objetivo esencialmente controla la actividad de los periodistas. Debo decir que controla esencialmente el trabajo de todos los trabajadores intelectuales. No voy a negarlo.

LOCKWOOD: Lo cual crea en Estados Unidos la idea generalizada de que usted es un dictador absoluto, de que no sólo los intelectuales sino también el pueblo cubano no tienen voz en el gobierno, y de que no existe signo alguno de un cambio en ese sentido. ¿Qué me puede decir al respecto?

NUEVAS FORMAS INSTITUCIONALES

CASTRO: Respecto a que el pueblo tenga voz en el gobierno, somos marxistas y consi-

deramos al estado como un instrumento de la clase dirigente para ejercer el poder. En Cuba, la clase dirigente son los obreros y los campesinos; es decir, los obreros manuales e intelectuales, dirigidos por un partido integrado con los mejores de entre ellos. Organizamos nuestro partido con la participación de todos los trabajadores en todos los sectores del trabajo, que expresan su opinión de manera absolutamente libre, en asambleas, y proponen y apoyan a aquellos que creen aptos para ser miembros del partido o se oponen a aquellos que consideran que no lo son. También me preguntó sobre el poder concentrado en una sola persona. ¿Al dirigir al pueblo actué de manera unilateral? Nunca. Todas las decisiones que se han tomado, absolutamente todas, fueron discutidas entre los principales dirigentes de la revolución. Nunca me sentiría satisfecho con una medida que fuera resultado de una decisión personal. Más aun, sé por experiencia que nadie puede estar absolutamente convencido de la corrección de sus decisiones o de sus ideas. A menudo se puede tener un punto de vista que deja de lado ciertos factores o consideraciones. Y nada es más útil, positivo, práctico, cuando se toma una decisión sobre un punto importante, que oír las opiniones de todo el mundo.

En las primeras épocas, las decisiones se tomaban en consulta con los diferentes dirigentes políticos de las diversas organizaciones. A fines de 1960, todas esas organizaciones revolucionarias se consolidaron bajo una junta directiva y nunca se tomó una decisión sin el acuerdo del grupo.

Es cierto que la junta era limitada y en un principio no era absolutamente representativa. Pero cuando hizo la crítica al sectarismo fue agrandada y se hizo más representativa. No obstante, sabemos que nuestra dirección aún no es suficientemente representativa. Estamos abocados en este momento a la tarea de organizar el partido y su Comité Central. Ese es el próximo paso, que realizaremos para establecer, en la forma más amplia y auténtica, la dirección más representativa posible.

Si analiza la historia de nuestro proceso revolucionario, verá que, en lugar de alejarnos de las formas institucionales y de marchar a favor del poder personal, hemos tomado progresivamente medidas que significan el proceso contrario: primero, unificamos las organizaciones existentes, creamos organismos de dirección. Y seguiremos por ese camino hasta que logremos crear, formal e institucionalmente, un método de dirección colectiva. No nos consideraríamos hombres responsables si estos proyectos para el futuro no fueran fundamentales para todos nosotros.

Si vamos a hablar de poder personal, puedo destacar que en ningún otro país del mundo, ni siquiera bajo monarquías absolutas, ha habido un grado tan alto de poder concentrado en una sola persona como en el caso de la presidencia de Estados Unidos. Ese empleo público que ustedes llaman presidente, si lo desea puede arrastrar al país a una guerra termonuclear sin ni siquiera consultar al Congreso. No existe caso igual en la historia. Intervino en Vietnam por decisión propia. Intervino en Santo Domingo por decisión propia. Por consiguiente, el funcionario que designan presidente es la expresión más cabal de la dictadura de una clase que en oca-

siones la ejerce otorgando poderes absolutos a un solo hombre. ¿Por qué ustedes los norteamericanos no piensan un poco en todos estos problemas, en lugar de aceptar como verdad irrefutable su propia definición de democracia? ¿Por qué no analizan las realidades y el significado de sus frases hechas, en lugar de repetir las mecánicamente? Honestamente consideramos nuestro sistema mucho más democrático que el de Estados Unidos, porque es la expresión auténtica de la voluntad de la mayoría del país, compuesta de pobres y no de ricos.

COMO EL PUEBLO SE PRONUNCIA

LOCKWOOD: El sistema norteamericano de gobierno expresa la voluntad de la mayoría a través de un presidente y un congreso elegidos por ricos y pobres sin distinción. ¿Cómo expresa el pueblo de Cuba su voluntad?

CASTRO: Luchando y combatiendo contra la opresión. La revelaron en Sierra Maestra al derrotar al ejército bien equipado de Batista. La revelaron en Playa Girón al destruir a los invasores mercenarios. La revelaron en Escambray al barrer las bandas contrarrevolucionarias. La revelan constantemente, en todas las demostraciones públicas que organiza la revolución con el numeroso apoyo de las masas. La revelaron con el firme apoyo al gobierno revolucionario frente al bloqueo económico norteamericano, y por el hecho de que existan miles de hombres dispuestos a morir en defensa de su revolución.

LOCKWOOD: La veneración que sienten las masas por usted, según muchos extranjeros que han visto la recepción fervorosa que recibe en las inmensas concentraciones públicas, tiene una intensidad mística casi religiosa. ¿Le parece que esto es así?

CASTRO: Hasta cierto punto, quizás principalmente entre los campesinos; pero en el trato personal es completamente distinto. Visito muchos lugares; hablo mucho con los chacareros, voy a sus casas y me tratan con toda naturalidad, de manera muy amistosa e informal, lo cual significa que ese asunto del misticismo no existe realmente frente a frente. No tiene nada de reverencial, más bien es un sentimiento de familiaridad.

LOCKWOOD: ¿Esa familiaridad es estimulada por los miles de retratos y fotografías de usted, idealizadas, inspiradas, colocadas ostensiblemente en casi todos los hogares cubanos y edificios públicos?

CASTRO: No sé si sabe que una de las primeras leyes aprobadas por el gobierno revolucionario, a iniciativa mía, fue un edicto contra la erección de estatuas de los dirigentes en vida y contra la colocación de sus fotografías en las oficinas de gobierno. La misma ley prohíbe poner el nombre de cualquier dirigente vivo a una calle, a un parque, a un pueblo en Cuba. Creo que en ninguna otra parte, en circunstancias como las nuestras, se ha aprobado una resolución similar, y fue una de las primeras leyes que impuso la revolución.

Si, usted ha visto, en muchos hogares, escuelas y lugares públicos una pequeña fotografía, con un marquito, en una biblioteca o

en el rincón de un escritorio. ¿Pero de dónde provienen esas fotografías? De revistas, diarios, de carteles de alguna manifestación. Hay gente que ha hecho un negocio de las fotografías, imprimiendo las que les gustan y vendiéndolas por la calle. Pero todo esto ocurrió — y cualquiera puede verificarlo — sin la menor iniciativa oficial. Las fotografías en las casas son colocadas voluntaria y espontáneamente por el pueblo. Pudimos seleccionar algunas fotos, imprimirlas por cientos o miles y distribuir las sistemáticamente, pero no lo hemos hecho, no me interesaba.

Y permítame decirle que no experimento ninguna satisfacción personal cuando leo las grandes cualidades que me atribuye la prensa. Nunca sentí el menor placer frente a tales cosas. Puedo decirle con toda sinceridad que no tienen importancia para mí. Y creo que es positivo que así sea. Porque, por regla general, el poder corrompe a los hombres. Los hace egoístas. Por suerte nunca me pasó y no creo que me pase. Con toda honestidad, puedo decir que nada me satisface más que ver cada día cómo las cosas dependen menos de mí, y más de un espíritu colectivo, fundado en instituciones. ¿Qué importancia pueden tener las realizaciones de un hombre si sólo van a durar mientras él dure? Si realmente amamos la revolución, si esperamos que la revolución continúe siempre por su camino, si deseamos para nuestro pueblo la mayor felicidad en el futuro, ¿qué valor tendrían nuestras buenas intenciones si no tomamos medidas para asegurarnos que no van a depender exclusivamente de la voluntad de un solo hombre, si no tomamos medidas para hacerlas depender de la voluntad colectiva de la nación?

No intento, modestia aparte, disminuir el papel que tuve la suerte de desempeñar. Pero creo sinceramente que los méritos del individuo son siempre pocos, porque siempre existen factores exteriores que desempeñan un papel mucho más importante que su propio carácter en la determinación de sus hechos. Sería hipócrita de mi parte decir que no tengo una alta opinión de mí mismo. La mayoría de los hombres la tienen. Pero puedo decir con toda sinceridad que también conozco la autocrítica. Las masas otorgan a ciertos hombres estaturas heroicas: quizás por necesidad, quizás porque no puede ocurrir de otra manera. Hay una especie de mecanismo en la mente humana que tiende a crear símbolos sobre los cuales concentra sus sentimientos. Al transformar a los hombres en símbolos, la gente manifiesta una gran gratitud; atribuye al individuo lo que no merece sólo por sí mismo sino por muchos. A menudo pienso en los cientos, en los miles de hombres que trabajan animosamente, que hacen posibles todas esas cosas por las cuales la gente está agradecida. El reconocimiento no está dividido de manera equitativa. Sería un error — y lo digo sinceramente — no tener conciencia de eso, creerse a sí mismo realmente merecedor de todo el agradecimiento y afecto. Es menester tener una apreciación adecuada de las cosas que se han realizado, pero nunca considerarse a sí mismo merecedor del agradecimiento que pertenece a muchos.